

Capítulo 1

Londres, mayo de 1817

Lady Thea Debenham se quitó a toda prisa el vaporoso vestido verde.

—Otro vestido, Harriet, rápido.

—Pero remolacha, milady —gimió su doncella, recogiendo el vestido manchado como si fuera un niño herido.

—Sí, lo sé, pero seguro que tú tienes algo mágico para limpiarlo. Por favor, otro vestido.

—¿Cuál, milady?

—Cualquiera, no me importa. —Pero sí le importaba; se giró a mirarse en el espejo de cuerpo entero; su ropa interior siempre iba a juego con sus vestidos, así que era un mar de verde, desde el corsé con encajes hasta la orilla de la enagua—. ¿Tengo otro de color parecido a este?

—No, milady.

Thea se mordió los nudillos, y entonces se fijó en sus guantes de seda verdes; se los quitó.

—Cualquier cosa, entonces. ¿Hay alguno que todavía no me haya puesto?

Harriet corrió al vestidor contigo.

Entonces Thea vio los zapatos verdes asomados por debajo de la enagua.

—¡Zapatos a juego! —gritó.

Se agachó a quitarse los zapatos, pero se lo impidieron las tiasas barbas del corsé. No podía doblarse por la cintura. ¡Maldito el corsé y maldito Uffham! Se había sentido armada para esa difícil fiesta llevando el más favorecedor conjunto de su guardarropa.

De acuerdo a la moda, el escote del vestido verde era muy pronunciado, y eso fue la causa del desastre. El marqués de Uffham estaba tan absorto contemplándole el pecho que se le ladeó el plato y un trozo de remolacha encurtida le cayó en la falda, con el líquido.

Dos señoras chillaron al ver el desastre.

Ella logró no chillar aunque lo deseó. Un estropicio. El vestido verde estaba estropeado, la primera vez que se lo ponía. Y justamente esa noche. Comenzó a pasearse por la habitación, agitando la enagua de seda.

El motivo oficial para ese baile que ofrecía su madre era celebrar el compromiso de su hermano Dare, lord Darius Debenham, con lady Mara Saint Bride. Pero bajo la superficie de ese feliz acontecimiento había una finalidad más importante: a Dare le había surgido un nuevo problema.

Su hermano había sufrido muchísimo. En la batalla de Waterloo resultó mal herido y lo creyeron muerto; su nombre apareció en la lista de muertos. Durante más de un año, año largo y terrible, ella y su familia habían creído eso. Pero en realidad no había muerto, aunque la mujer que cuidó de él le había dado demasiado opio durante demasiado tiempo, por lo que cuando volvió a Inglaterra estaba frágil y era adicto al opio.

Lo cuidaron hasta que recuperó la salud, y ya había encontrado el amor. Había logrado reducir poco a poco las dosis de opio hasta una muy pequeña diaria. Y ahora esto; como si los hados no pudieran soportar verlo feliz, había comenzado a correr un horrible rumor: que la herida que recibió en Waterloo no fue honrosa, que quedó herido cuando intentaba huir del campo de batalla.

¡Eso no era cierto! Todos los que lo conocían bien sabían que no era cierto, pero no había manera de refutar la historia. Él ni siquiera recordaba el momento en que cayó en la batalla ni los días siguientes, y el miedo de que la historia fuera cierta lo había llevado de vuelta a las tinieblas.

Necesitaban un testigo. Ocurrió en una batalla, por el amor de Dios. Seguro que había cientos de hombres cerca, pero al parecer el humo cubría el campo de batalla como una niebla espesa, la acción estaba fraccionada, y cada hombre estaba concentrado en desempeñar su propio cometido.

Así las cosas, lo único que podía hacer su familia en esos momentos era presentar un frente confiado y seguro y aprovechar hasta la última pizca de su inmensa influencia. Ese baile organizado a toda prisa era el desafío arrojado a los miembros de la alta sociedad: asiste y demuestra que no crees esa tontería; no asistas y no eres amigo nuestro.

Claro que todo aquel que era alguien estaba presente en el baile. El duque y la duquesa de Yeovil eran poderosos, sí, pero también todo el mundo los quería y admiraba. Todos habían venido, pero ella había percibido, e incluso oído aquí y allá, las preguntas que hervían a fuego lento bajo las sonrisas.

¿Sería cierta la historia? Al fin y al cabo lord Darius no era un soldado entrenado, sino sólo un caballero que se ofreció como voluntario. No sería sorprendente, tal vez, que una batalla tan terrible como esa resultara demasiado para él.

¿Sería ese el motivo de que hubiera tardado tanto en regresar a su casa? ¿Permitiendo que su pobre madre sufriera tanto?

¿Sería por eso que seguía necesitando opio? ¿Sentimiento de culpa?

Ella había sonreído, bailado y coqueteado, demostrando al mundo que su familia no tenía ninguna duda, pero el desastre seguía amenazando, y ahí estaba ella al otro lado de la casa en ropa interior.

—¡Harriet!

—Vengo, milady —dijo la doncella saliendo del vestidor con un vestido de satén rojo vivo en los brazos, y encima el corsé y los zapatos a juego.

—Ah, ese.

Cuando llegó a Londres a pasar la temporada, se enteró de que la habían apodado «la Sublime Intocable»: fría, distante, orgullosa. ¡Qué injusto! ¿Podía alguien extrañarse de que no se hubiera entregado a la frivolidad durante su primera temporada, habiendo vuelto Napoleón a atormentar a Europa y Dare se hubiera marchado corriendo a combatir?

En cuanto al año pasado, fue un desastre. Todavía creían muerto a Dare. Ella sólo participó en esa temporada con el fin de distraer a su madre de la aflicción. ¿Era de extrañar que no hubiera conseguido mostrarse cálida y alegre? ¿Que hubiera rechazado a todos sus pretendientes?

Dolida por ese apodo, se mandó hacer un buen número de vestidos atrevidos. El verde resultó bien, pero el rojo lo encontraba bastante exagerado. Jamás se vestía de rojo.

Pero esa noche se libraba una especie de batalla, así que tal vez era justo lo que le convenía.

—Muy bien. —Cogió el corsé y lo arrojó sobre la cama—. No tengo tiempo para cambiármelo.

—Pero lleva el verde, milady.

—Que quedará cubierto. Date prisa.

Refunfuñando, Harriet le pasó el vestido por la cabeza. Ella pasó los brazos por las mangas cortas y el resto se deslizó por su cuerpo como agua. O como sangre.

¡Buen Dios! Se miró en el espejo. El vestido tenía un corte nuevo, que hacía fluir la tela desde el talle alto y ceñirse al cuerpo. Por el espejo vio que Harriet tenía los ojos agrandados.

—Es como demasiado, ¿no, milady?

Harriet ya pasaba de los treinta años, pero había sido su donce-

lla sólo dos años y rara vez se atrevía a dar una opinión, por lo que su comentario era importante.

— ¡Buen Dios! — exclamó.

— Le buscaré otra cosa, milady.

— No hay tiempo. — Cuando Harriet terminó de abrocharle el vestido, se sentó en el banco —. Los zapatos.

Harriet no tardó en quitarle los zapatos verdes, le puso los rojos y comenzó a atarle las cintas cruzadas. Desde ahí seguía viéndose en el espejo, así que se miró para comprobar si había algún problema. Llevaba perlas; no iban bien con el vestido rojo, pero todas sus otras joyas buenas estaban en la caja fuerte de su padre. La guirnalda de rosas blancas que le adornaba el pelo tendría que desaparecer. Comenzó a quitarse las horquillas que la sujetaban. Tan pronto como Harriet terminó de atarle los zapatos, fue a sentarse ante el tocador.

— Ve qué puedes hacer con mi pelo.

Mientras la doncella le arreglaba los rizos se contempló en el espejo. El vivo color rojo le destacaba la blancura de las elevaciones de los pechos, levantados por el corsé; el escote le dejaba a la vista las mitades superiores. Tal vez debería ponerse otro vestido.

Pero Harriet ya le estaba poniendo botones de rosa y cintas rojas en el pelo. Entonces el reloj de la repisa del hogar dio las once. ¡Las once! Se levantó, cogió su abanico de madreperlas, que tampoco quedaba bien con el rojo, pero al menos iba bien con las perlas, y se dirigió a la puerta.

— ¡Milady!

Ante esa exclamación se giró.

— ¿Qué?

Harriet apuntó con un dedo hacia el escote, con los ojos redondos como platos.

Se miró en el espejo grande. Una pequeña franja de encaje verde asomaba chillón por el escote del corpiño rojo.

— El otro corsé, milady.

— Tardaré una eternidad en cambiármelo.

Meneándose se tironeó el corpiño y se bajó el corsé hasta hacer desaparecer la franja verde.

—Ya está.

—Milady...

—No te preocupes, Harriet. Haz lo que puedas con la mancha del verde.

Capítulo 2

*T*hea salió al corredor tenuemente iluminado y echó a andar a toda prisa hacia el salón de baile. Al dar la vuelta a la esquina captó su imagen en un espejo con marco dorado, iluminada por una lámpara de pared que había al lado. Volvía a asomar esa pequeña franja verde.

¡Qué lata!

Dejó el abanico en una mesita y volvió a arreglárselo todo. ¡Buen Dios, el escote! Alcanzaban a verse las aréolas más oscuras. ¿Por qué tenía que ser tan escandalosa la moda? La sociedad predicaba recato y buena conducta, pero esperaba que las damas se vistieran así.

Ya está. Afirmándose los pechos, movió los hombros hacia delante y hacia atrás, para comprobar la estabilidad del arreglo. Debería mantenerse.

De pronto percibió algo que la alertó. Miró hacia la izquierda y se quedó inmóvil.

En el mal iluminado corredor había un hombre mirándola. Un hombre de pelo moreno y ojos oscuros de extranjero; unos ojos profundos de párpados semientornados que la observaban con perversa diversión.

Sintiendo arder la cara cogió el abanico y lo abrió a modo de escudo.

—¿Quién es usted, señor? ¿Qué hace aquí en esta parte de la casa?

Si él hubiera contestado tal vez sólo hubiera sido un momento embarazoso, pero él no contestó.

Y no lo conocía.

Conocía a todas las personas que tenían motivo para estar en la casa Yeovil esa noche, y sin duda no habría olvidado a ese hombre aunque sólo hubiera tenido un encuentro muy breve con él.

Aunque no era corpulento ni alto, su presencia llenaba el corredor, con su aire de poder y autoridad; casi podía imaginarse que había chupado el aire, dejándolo enrarecido. Aunque no llegaba a él la luz de la lámpara que tenía al lado y la de más allá estaba detrás de él, le distinguía la cara, de rasgos bien formados y fuertes.

El elegante traje negro de noche hablaba de riqueza, como también el destello de una joya en su corbata blanca. Pero no era un caballero; ningún caballero miraría a una dama como la estaba mirando él.

¿Quién podía ser ese hombre, que entraba como un intruso en la parte privada de su casa, haciéndole retumbar el corazón?

—¿Señor?

—¿Señora? —contestó él, hablando por fin, y esa sola palabra dicha en tono burlón reveló una voz sorprendentemente dulce. ¿Y una entonación extranjera, tal vez?

Casi se echó a reír de alivio. Claro, tenía que ser un nuevo miembro de una de las embajadas. A veces llegaban con mal inglés y modales raros. Recordó a uno de los diplomáticos persas que continuamente invitaba a las damas a formar parte de su harén.

—¿Se ha perdido, señor? —preguntó, pronunciando muy lento y claro—. Esta es la parte privada de la casa.

Él no contestó. Simplemente avanzó hacia ella.

Retrocedió un paso, pensando que tal vez debería gritar, pero eso sería ridículo, ahí, en la casa de su padre.

—Señor... —repitió. Entonces levantó una mano enguantada, con la palma hacia él—. ¡Pare!

Ante su sorpresa, él se detuvo. Le disminuyó un tanto el terror,

pero de todos modos, no sabía qué hacer. Sería detestable causar un incidente diplomático, pero todos sus instintos le gritaban «¡Peligro!» Hizo un gesto hacia el corredor.

—¿Me permite que le guíe de vuelta al baile, señor?

—Creo que puedo encontrar el camino sin ayuda.

Ella se quedó inmóvil, con la mano extendida. El inglés del hombre era perfecto.

—Entonces le dejaré libre en su recorrido —dijo, y avanzó para pasar por un lado.

Él le cerró el paso.

Thea se encontró a poco más de un palmo de él, sintiendo la boca seca como papel. Era imposible que estuviera en peligro ahí, donde con un grito haría venir a familiares o criados.

Pero en realidad no estaba a una distancia en que alguien pudiera oír sus gritos. Su familia estaba con los invitados, y la mayoría de los criados estaban ahí también, ocupados. Ni siquiera Harriet la oiría, puesto que ya estaría en camino hacia el lavadero, con su vestido manchado. Estaba, comprendió, increíblemente sola y aislada en ese silencioso corredor mal iluminado en compañía de un hombre peligroso.

—¿Señor? —dijo, poniendo ochocientos años de poder aristocrático en su glacial desafío.

Él inclinó la cabeza.

—Señora. A su servicio, aunque, claro, depende de cuál sea el servicio que desee.

De un modo muy sutil, pareció alargar la palabra «desea», y eso le recordó la forma como la había estado mirando.

—Lo único que «exijo» es que me deje pasar.

—He dicho que dependía.

—Señor, es usted un patán y un sinvergüenza. Apártese de mi camino.

—No.

Lo miró indignada, deseando pasar por la fuerza. Pero la fuer-

za física emanaba de él como calor. La dominaría con una sola mano.

—Entonces tomaré otra ruta —dijo, y se giró para alejarse.

Él le cogió la parte de atrás de la falda.

Thea se quedó inmóvil, con la garganta oprimida por la incredulidad, el terror y la furia.

—Si supiera quién soy —dijo, y notó que la voz le salía enronquecida.

—Lady Theodosia Debenham, supongo.

¿La conocía?

—¿Es esto una broma ridícula?

—No.

—¿Qué pretende, entonces?

—Intentar hablar con usted.

Ella hizo dos respiraciones profundas.

—Suélteme.

Él la soltó.

Sintió la fuerte tentación de echar a correr, pero él le daría alcance muy fácilmente, así que optó por la dignidad y se giró a mirarlo, agitando el abanico abierto, tratando de que los latidos del corazón igualaran ese ritmo.

Así de cerca vio que él sí tenía facciones regulares, en una cara que se podía considerar guapa, si no daba importancia a su expresión de fría dureza. Pero también le vio los defectos: la nariz ligeramente torcida, por actos de violencia, y varias cicatrices de menor consideración.

Ese era un hombre que conocía el peligro, y lo llevaba con él.

Recordó que ante un animal peligroso hay que intentar no mostrar miedo.

—No le conozco, señor —dijo—, así que ¿cómo es que sabe quien soy yo?

—Tiene un claro parecido con su hermano. Estuvimos en el mismo colegio.

A ella le disminuyó un poco el miedo.

No conocía a todos los amigos de Dare de su tiempo en Harrow, el grupo que se hacía llamar Compañía de los Pícaros, pero ese no era un comportamiento que habría esperado en ellos.

—¿Es un Pícaro?

—No.

En esa lacónica negativa detectó algo que la alarmó.

—Sea quien sea, ya está muy mayor para comportarse como un escolar. Déjeme pasar.

Él arqueó sus oscuras cejas.

—¿Suele tener enfrentamientos así con escolares?

Thea cerró bruscamente el abanico.

—¡Déjeme pasar!

Él no se movió.

—Me echarán de menos. Alguien vendrá a buscarme y entonces recibirá lo que se merece.

—Muy rara vez lo recibo.

¿Eso era una sonrisa? En ese caso era una sonrisa ligeramente sesgada a causa de una cicatriz blanca, corta y vertical en la comisura izquierda de la boca y por otra que le levantaba un poco la ceja derecha. Era verdaderamente peligroso, y sabía que, pese a sus osadas palabras, podría pasar bastante tiempo hasta que alguien viniera a ese lado de la casa. Tal vez no la oirían si gritaba.

No muestres miedo.

—¿Quién es usted, señor? ¿Y qué desea?

—Me llamo Horatio, y deseo hablar con usted.

—Está hablando conmigo, pero sin ningún objetivo que yo vea.

—Hablar le hace agitarse deliciosamente el pecho.

Ella se miró. Maldiciéndose, volvió a fijar la vista en él.

—¡Hable!

—¿O callo para siempre? Qué conveniente. Le voy a hacer una proposición.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Quiere pedirme que me case con usted?

—¿Se casaría?

—¡Por supuesto que no! Basta de esto. Déjeme pasar, señor Horatio Nadie, o lo lamentaré amargamente.

—O lo lamentaré su hermano.

Esas palabras cayeron sobre Thea como un chorro de agua helada.

—Ha dicho que fue amigo de él.

—¿Todos los que estuvieron en el colegio con Dare Debenham deben adorarlo? Pero claro, él debe de necesitar amigos ahora, lisiado, abatido y adicto al opio.

—No está...

—Y acusado de cobardía.

—Lo que es una negra mentira. —Entrecerró los ojos—. ¿Es usted el responsable de esa historia? Si lo es, señor, es el gusano más despreciable que se ha arrastrado por la tierra.

—¿Suele hablar con gusanos?

Ella lo habría golpeado con el abanico, pero sería estropear una obra de arte sin causar ningún efecto. Ni un martillo le haría mella.

Entonces él levantó una mano, gesto que se podría considerar una especie de disculpa.

—No tengo nada que ver con ese rumor —dijo—, pero ahora que se ha extendido, aunque su madre ofrezca bailes todos los días de la semana y ordene a los miembros de la alta sociedad que asistan a todos, eso no lo borrará. Es necesario un testigo digno de crédito, si no el rumor se cernirá eternamente sobre su hermano.

—¿Cree que no sabemos eso?

—A veces es útil decir lo obvio.

—Y a usted le agrada hacerlo. —Eso fue un palo de ciego, pero le pareció que daba en el blanco. Frunció el ceño—. Le desea mal a Dare. Nadie le odia.

—¿No? Qué agradable sería ser él. Si encuentro algún placer en esta situación, sólo se debe a que me permitirá corregir el error.

Ella no le creyó ni una sola palabra.

—¿Por qué?

—Por una recompensa conveniente.

—Ah, dinero —le espetó ella, curvando los labios, sarcástica.

—Lady Theodosia, las personas sólo desprecian el dinero cuando nunca les ha faltado.

Ese era el encuentro más extraño de toda su vida, pero comenzaba a ver una salida, aunque, curiosamente, la decepcionaba que ese hombre resultara ser tan ruin.

—Entonces, señor, ¿qué ofrece? ¿Y cuál es su precio?

Él no dio señales de sentirse ofendido.

—Puedo decirle al mundo que vi el caballo de su hermano caer herido de bala, y a él en medio de la acción, no huyendo. Es decir, que lo vi caer honrosamente.

A ella le dio un vuelco el corazón, pero intentó que no se le notara.

—¿Sería cierto?

—¿Importaría?

Esa era una pregunta sorprendente, pero dio en el clavo. Por quitarle esa carga a Dare ella mentiría si mentir sirviera de algo.

—Pues, entonces, ¿le creerían? Eso es esencial.

Él asintió.

—Combatí en Waterloo, y estaba en el lugar para verlo.

Un soldado. Claro. Eso no lo hacía menos peligroso, pero por lo menos lo entendía. En su mundo habían abundado los oficiales durante toda su vida adulta. Los había de todos los tipos, pero una cosa los distinguía, incluso a los más alegres y desenfadados: habían mirado cara a cara a la muerte, y habían matado. En ese hombre eso era particularmente potente. Le hacía chisporrotear los nervios y no lo hacía más de fiar, pero comprender le aliviaba la ansiedad. En

todo caso, su principal consuelo era saber que se trataba de comprar y vender. Su familia era riquísima.

— Así pues, ¿su precio?

— Matrimonio. Cásese conmigo y limpiaré el nombre de Dare.